



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11081

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 24 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION
Y
EL FEIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.
31 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA
Sedición en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Calle 15.

CUBA Y FILIPINAS

Las noticias que se reciben de París acerca de los trabajos de la comisión de la paz, no son con cretas ni pueden llevar al ánimo la tranquilidad necesaria para que España confie en el resultado de las gestiones encomendadas a los comisionados.

Unas veces se asegura que los representantes de los Estados Unidos exigen la anexión de las islas Filipinas y en otras ocasiones llega la noticia del alza de los valores españoles anunciando que la deuda de Cuba no pesará sobre nuestra desgraciada nación.

Tanto una noticia como otra necesita plena confirmación, que no llega, para que el país termine en sus incertidumbres; pero antes de ello nos parece de suma conveniencia que la prensa se ocupe algo más de ambas cuestiones, procurando ilustrar á la opinión, algo extraviada en estos asuntos por las exageraciones propias de esta raza impresionable.

Los Estados Unidos podrán pretender la anexión de las islas Filipinas; pero España no debe acce-

der á semejante brutalidad. ¿En qué pueden fundar su derecho á la posesión del Archipiélago los Estados Unidos? En la destrucción de nuestra escuadra y en la toma del Arsenal de Cavite por qué la rendición de Manila no fué una victoria para los yanquis, ni hubo verdadera defensa por nuestra parte. La rendición de Manila a Dewey se hizo para evitar los atropellos de los tagalos, pero nada más; y no es posible suponer que el gran pueblo de los Estados Unidos pretenda aprovecharse del resultado de una insurrección iniciada y sostenida por una horja de salvajes, que no pueden ni en realidad quieren gobernarse por sí mismos.

Las islas Filipinas tienen que continuar siendo en totalidad de España, no solo por que no existe razón alguna en contrario, sino también por conveniencia general, por necesidad, mejor dicho, si ha de sostenerse la paz entre determinadas potencias.

Ya sabemos á lo que España se compromete con ello; ya sabemos que allí hay que luchar y hay que invertir una parte de nuestra exigua fortuna pública; pero si es verdad que deseamos la regeneración

de este país, si es cierto que siquiera nos ocupamos de ella, téngase en cuenta que la posesión de nuestras islas Filipinas pueden facilitar esa ansiada regeneración y evitar gravísimas complicaciones que tal vez ocasionaran la destrucción completa de la patria.

Y respecto á la otra cuestión que se debate por los comisionados de París, no hemos de esforzarnos para que la opinión de todo el mundo se declare favorable á que la deuda de Cuba la pague Cuba.

¿No quieren los cubanos independencia? Pues ¿cómo la han de tener si no nos pagan lo que es nuestro, exclusivamente español? Las fortificaciones, los puertos, los caminos y calles, los ferrocarriles, los pueblos, todo eso constituye el caudal de una nación y esa es la deuda de Cuba. Si no la paga ese nuevo Gobierno de Máximo Gómez que no pretenda la independencia.

Puerto Rico lo hemos cedido á los Estados Unidos y sobre él nada tenemos que reclamar; pero Cuba no está cedida, la abandonamos por la fuerza y lo menos que podemos exigir á esos malditos é ingratos hijos es que paguen lo que ellos han consumido en su provecho.

No debe en este asunto vacilarse ni un solo momento. La deuda de Cuba no puede pagarla España y no la pagará.

GLORIAS NACIONALES

Cae en poder de Alfonso VI la plaza de Talavera

24 de Octubre de 1082.

Atendiendo á las invitaciones y ofrecimientos de los moros toledanos, hartos de sufrir los vejámenes y humillaciones que para satisfacer sus vicios y

caprichos les imponía el rey de Toledo Yahia Al-Kadir Billah, hijo de Al-Mamun; Alfonso VI de Castilla, resolvió en 1078 declarar la guerra al despótico y desconsiderado monarca, por cuyo motivo juntó gran número de combatientes de todas las armas y se metió por tierras de Toledo, talando y quemando los campos y caseríos, operaciones que llevó á efecto repetidos años.

En la excursión realizada en 1082 dispuso el sitio de Talavera, y guardando todas las precauciones necesarias para que el infiel no se apercibiera de sus propósitos, se encaminó á dicha plaza, á la que puso estrecho y apretado cerco, no obstante los esfuerzos que para estorbarlo hicieron sus defensores, bravos y resueltos á sacrificar sus vidas en defensa de la ciudad, cuya custodia les estaba encomendada.

La guarnición de Talavera era tan numerosa como brava, mas no por ello le fue posible evitar que las fortificaciones recibieran daño considerable de las máquinas de guerra con que las batían los cristianos, que cada día mostraban más coraje y decisión en las acometidas.

Comprendiendo el wali y los principales caballeros de Talavera que de continuar en tal situación no tardarían en ser destruidas por completo las fortificaciones, acordaron salir al campo y acometer á los sitiadores, á cuyo fin escogieron los más valerosos soldados que había en la guarnición para llevar á efecto empresa tan arriesgada.

Gritando «¡Alá y Mahomal Seguidme y venceremos!» salió el wali de Talavera al frente de sus soldados, y sin dejar de dirigir invocaciones al falso profeta, todos los musulmanes acometieron con denodado empuje á las huestes de Alfonso VI.

Estas, al ver salir de la plaza á los musulmanes, se dispusieron á la lucha, y después de rebozar á éstos en su primera acometida, se arrojaron sobre ellos y les obligaron á refugiarse en la plaza, no sin dejar sobre el campo numerosos muertos y heridos.

Tanto pesó sobre el ánimo de los infieles derrota tan señalada, que á la primera acometida que después de ella dieron á la plaza los cristianos, pidieron capitular, por cuyo motivo entre-

garon á Talavera el 24 de Octubre de 1082.

MAESE RODRIGO
(Prohibida la reproducción.)

COLMO DE MALDAD

Las noticias que llegan de Cuba pintan á Máximo Gómez desprovisto de toda ambición. Logrado el triunfo de la causa defendida por él tantos años, renuncia á todo premio; y aunque tiene méritos suficientes para aspirar á la magistratura suprema, no la quiere.

El único deseo del batallador cabeceilla es, trasladarse á Santo Domingo, con los restos de su hijo y los de Antonio Maceo y vivir apercibido para causar daño á España si la ocasión se ofrece.

Así es el cabeceilla mayor de la revolución cubana: un monstruo de maldad con instintos de fiera y corazón de elefante. Aunque él quiera aparecer como redentor de los oprimidos, es mentira. Hombre que como él siente y piensa, no puede ser redentor de nadie, porque el crimen no ha jugado, ni jugará jamás papel alguno, en ninguna obra de redención.

Ayudó á Cuba á hacerle guerra á España, no por que le inspiraran simpatías de ningún género los rebeldes. ¿Qué le importaban á él los cubanos? Lo que le estimuló á entrar en la lucha fué el odio feroz de su corazón malvado hacia esta patria que le puso un día la ceniza en la frente.

¡Apostol de una idea Máximo Gómez! ¡Redentor de los oprimidos ese hombre sin conciencia! Para serlo se necesita generosidad de corazón y alma de mártir y el alma del cabeceilla es un pozo de malas pasiones y su corazón está exento de sentimientos humanitarios.

No sintiera hacia España el odio mortal que lo consume, y pasaran entoces desapercibidas para ese desalmado la serie de patrañas que le han granjeado dictado de cruel.

Máximo Gómez, llamándose redentor de los oprimidos, comete una burla. Si lo fuera y hubiera habido razón para blandir la espada en la gran Antilla, no la envainaría aún, por que en el mundo hay otros oprimidos, otros es clavos, no come los cubanos, que eran

ella: es blanca como la nieve; rabia como el oro; tiene los ojos azules mas hermosos del mundo, y no parece sino que de ella sale fuego: es mucha mujer, mucha hermosa doña Esperanza de Ayala.

—¿Y que edad tiene?

—De diez y siete á diez y ocho años.

—¿Y no tiene padres ni parientes esa señora?

—Yo no la conozco allegado alguno: vive sola y no entra en la casa mas que un hombre.

—¿Y quién es ese hombre?

—El pobre marqués de Leganés.

—¿Porqué dices el pobre marqués de Leganés?

—Me he propuesto decir á usía la verdad de lo que sé, de lo que comprendo: conozco que usía es capaz de todo, y en verdad sea dicho, usía me causa miedo: oree que usía puede hacerme pedazos, y que lo hará si no le sirvo bien: por eso he dicho el pobre marqués de Leganés, porque oree que el marqués se engaña.

—Explicata.

—Una noche íbamos mi señora y yo á la parroquia de San Pedro, donde mi señora va á rezar sus devociones y á cumplir con Dios: mi señora iba desecudada con el manto abierto, y hacia una lana muy clara: con mi señora se ornó un caballero, y aquel caballero, al verla se detuvo y dijo.—Vive

Dios que yo no creía anduviesen á estas horas Angeles por la calle.—El caballero pasó, y mi señora y yo entramos en la iglesia. Cuando salimos, encontramos al caballero esperando: se acercó á mi señora y pretendió hablarla; pero mi señora le envió con mil de á caballo: el caballero insistió, nos siguió, y al día siguiente, cuando yo salía al mercado; me acometió de la manera mas descuidada del mundo.—Yo soy el marqués de Leganés, me dijo; me he enamorado de tu señora, soy soltero, creo que podré casarme con ella, porque tu señora me parece persona principal, y quiero que me sirvas, aunque pongas por precio á tus servicios un tesoro.—Yo sabía que mi señora tenía correspondencia con el archiduque Carlos.

—¿Con el archiduque Carlos? dijo profundamente Mr. de la Chauxiere.

—Sí, si señor: yo he ido y he venido de Madrid á Portugal á traer y llevar cartas del archiduque para doña Esperanza, y de doña Esperanza para el archiduque: pero ¿qué estamos los pobres, señor? Tanto me rogó el marqués de Leganés, tanto me prometió y tanto me dió, que yo consentí en llevar una carta suya á doña Esperanza. Doña Esperanza contestó al marqués, sin comprometerse á nada, y pocos días despues me dió una carta para que la lle-

—¿Y nada más que eso?

—Sí: cuando me hayas introducido, irás á casa de don Luis Dávalos y le avisarás.

—Y ¿cómo, señor? Eso es lo mismo que decirle que no le he encontrado á la salida del patinillo del alcázar ó que no he tenido paciencia para esperar.

—No; le dices que como tardaba tanto, has supuesto que no estaría allí, que habría encontrado alguna contrariedad, y que á todo evento, te habías ido á buscarle á su casa porque el negocio urgía.

—Y urge verdaderamente, señor.

—Pues mejor: esa urgencia te disculpa; nada tenemos ya que hacer aquí: me llevas á casa de tu señora, me ocultas, y á seguida te vas á avisar á don Luis Dávalos.

—Usía quiero perderme, señor.

—Lo que mi señora quiere, contestó Mr. de la Chauxiere, es llegar al cabo de este negocio; si no me ayudas, peor para ti, porque estás en buenas manos.

—¿Qué hace vuestra señoría? dijo Lucas Cabezudo, viendo que Mr. de la Chauxiere le registraba.

—Nada; quitarte las uñas y los dientes, para ir tranquilo contigo, sin miedo de que me hagas una mala pasada de traidor: ¿eh?.. un puñal de albañal y dos pistolas escondidas en la pretina; ¡Magnífico!